

---

## LIBRO TERCERO.

DE LOS FAMOSOS HECHOS DEL INSIGNE EMPERADOR NEZAHUALCOYOTL, SUS GUERRAS Y CONQUISTAS, SUS LEYES Y GOBIERNO. DE LOS GRANDES PROGRESOS DE LA NACIÓN MEJICANA, SUS LEYES, REYES, COSTUMBRES Y RELIGION, Y DE LOS SUCESOS GOETANEOS EN LA ILUSTRE REPUBLICA DE TLAXCALLAN Y OTRAS PROVINCIAS.

---

### CAPITULO PRIMERO.

*Marcha Nezahualcoyotl contra los rebeldes de Tezcoco, y los vence. Sujeta á Huexotla, Cohuatlican, Cohuatepec, y otras poblaciones; vuelve sobre Xochimilco, la conquista, y hace tributaria esta provincia.*

**N**O hallaba sosiego el valiente corazon de Nezahualcoyotl, ni las fiestas y regocijos que los mejicanos multiplicaban en su aplauso podian calmar la inquietud que le causaba la traicion de Iztlacautzin, señor de Huexotla, quien no contento con sublevar á los vasallos de sus propios estados, envolvió tambien en la sedicion á los de Cohuatlican, Cohuatepec y otros muchos pueblos de los estados imperiales; y viendo Nezahualcoyotl que mientras él trabajó gloriosamente en conquistar el reino tecpaneca, habia vuelto á perder el suyo hereditario,

no cabia en él sosiego hasta restaurarlo: pero su grande espíritu, disimulando su inquietud, se mostraba muy alegre y satisfecho de los obsequios de los mejicanos, y dándoles á entender que queria vivirse con ellos, emprendió la fábrica de un suntuoso palacio, para su habitacion.

Gustosísimos se ofrecieron ellos, y poniendo luego mano á la obra, juntaron en breve tiempo una gran copia de materiales, y aprontaron un crecido número de operarios; y pareciéndole el sitio de Chapoltepec á propósito para bosque de caza, le mandó formar, cercar y abastecer de venados, conejos, liebres y otros animales, destinándole para sitio de diversion.

Los autores chichimecas atribuyen tambien á Nezahualcoyotl la fábrica de las albercas ó estanques en los manantiales de agua de Chapoltepec, que subsisten en nuestros dias, y asimismo la invencion de hacer entrar en Méjico por targea alta de mampostería esta agua, que ántes por disposicion del rey Itzcohuatl entraba por una zanja al haz de la tierra.

Mientras esto pasaba en Méjico trabajaba con fervor el traidor Iztlacautzin en aumentar el número de rebeldes, no habiendo sido poderosos los triunfos y victorias de Nezahualcoyotl, y sus prósperos sucesos en la guerra tecpaneca, para infundirle temor ni acobardarle; ántes por el contrario, irritado de que les tocase tanta parte en ellos á los mejicanos, á quienes aborrecia en extremo, tomó con mayor eficacia el empeño de sublevar contra él, no solo á sus vasallos y á las poblaciones nuevamente conquistadas, sino tambien á los del reino de Tezcoco, y á los vecinos y gente mas principal de la misma corte.

Habiase unido Iztlacautzin con Tlilmantzin y Nonohualcatl, cuñado este, y aquel hermano bastardo de Nezahualcoyotl, y ambos sus mortales enemigos, de quienes hemos hablado ya en otras partes. Estos trabajaron en seducir á la mayor parte de la nobleza de Tezcoco para que se declarase contra su soberano, pretendiendo vengar la muerte del emperador Maxtla, mientras el de Huexotla hizo que con el mismo pretexto tomasen las armas las provincias de Acolman y Otompan, recién conquistadas, y las de Cohuatlican, Cohuatepec, Iztapalocan y otras poblaciones de ménos monta.

No le pareció conveniente á Nezahualcoyotl demorarse en atajar este mal; pero su nobilísimo corazón, y el grande amor que tenia á sus vasallos, no le dejaban arbitrio para proceder con rigor, mirando con sumo horror el mancharse las manos en su sangre, y así determinó tomar un medio suave para reducirlos, y no verse obligado á castigarlos. Este fué enviar sus mensajeros al señor de Huexotla, y á su hermano y cuñado diciéndoles: que ya tenian noticia de los felices sucesos de sus armas en la conquista del reino tecpaneca, y destruccion de su corte de Azcapuzalco, en que el emperador Maxtla habia pagado con la vida su tiranía, y él con mucha razon habia vengado los agravios y ofensas que le habia hecho. Que esta fué la causa principal de haber emprendido esta guerra, para la cual le habian ayudado con sus socorros todos los principales señores de la tierra en defensa de su justicia, ménos ellos, que siendo mas interesados que otros, en vez de favorecer su causa y auxiliarle con sus personas y vasallos, se habian valido de la ocasion de su ausencia para

sublevarle sus pueblos, y perturbar la fidelidad de sus súbditos, olvidados de su obligacion y de los beneficios que le habian debido, el de Huexotla en haberle hecho general de sus armas, y su hermano y cuñado en haberles perdonado la vida despues de su regreso al reino, y dádoles vasallos y rentas, olvidando sus agravios: que si de él tenian alguna queja, se la dijesen, que estaba pronto á satisfacerles; pero que en todo caso volbiesen sobre sí, y no se dejasen llevar de sus caprichos contra su legítimo soberano, que les amaba mucho, y estaba pronto á usar con ellos de clemencia, si reconocidos de sus yerros se la pedian. Pero que tambien tenia levantado un brazo igualmente poderoso que victorioso con que castigarles severamente, si no se reducian á su deber.

Partieron los mensajeros, y cumplieron puntualmente la orden de su señor; mas los traidores estaban muy distantes de rendirse á la razon. Lisongeados del gran número de tropa que habian juntado, se creian en estado de apoderarse del imperio, y dividir entre sí sus estados; y así respondieron con orgullo y soberbia que ya habian sabido el infeliz suceso del emperador Maxtla, y que esto mismo los estimulaba á vengar su muerte, porque le reconocian como á su legítimo soberano, á quien habian jurado obediencia, y no á Nezahualcoyotl, que degenerando de la nobleza de sus mayores, se habia aliado con los viles mejicanos, que fueron los principales culpados en la muerte de su padre, y en quienes con mayor razon que en Maxtla y los tecpanecas debia haber empleado su venganza. Que no temian su brazo victorioso, porque no siempre estaba la fortuna de igual aspecto, y puede ser que no fuesen tan prós-

peros los sucesos de sus armas en Tezcoco, como en Azcapuzalco. Partieron los mensajeros con esta respuesta; y habiéndola oido Nezahualcoyotl, se resolvió á castigar prontamente este atrevimiento, y á impedir que prendiese mas este fuego.

Era ya la primavera del año siguiente de 1429, que fué señalado en su calendario con el signo de la casa en el número dos, y sin detenerse marchó con un buen trozo de ejército, compuesto de sus tropas veteranas, y de las mejicanas y tlatelolcas, acompañándole los reyes Itzcohuatl y Quauhtlatohuatzin, y los infantes Moteuhzuma, Tlacaeleltzin, Axacayatzin, y otros principales señores; y embarcándose de noche en Tlatelolco, se dirigieron en derecha á la corte de Tezcoco.

Llegaron bien de madrugada, y haciendo desembarcar prontamente el ejército, y brevemente puesta en orden la gente, les mandó acometer la ciudad. No estaban dormidos los traidores, que advertidos de todo por sus espías y confidentes, habian prevenido su gente, que excedia en número al ejército de Nezahualcoyotl, y la tenian pronta al abrigo de las casas, para que al entrar el enemigo le saliesen como de una emboscada, y embistiéndolos por todas partes le derrotasen. Así lo ejecutaron, y al entrar el ejército le salieron al encuentro por diferentes calles, peleando valerosamente; mas no pudieron desordenarle ni hacerle retroceder, bien que cada paso que avanzaba era á costa de mucho trabajo y no poca pérdida, pero era mucho mayor la que experimentaban los traidores.

Todo el día duró el combate, y al entrar la noche se retiraron los traidores á las bocas calles inmediatas,

donde con suma presteza comenzaron á fortificarse, abriendo zanjas y levantando tierra con que parapetarse. Mandó el príncipe hacer lo mismo á su tropa en aquellas calles que habia ganado, de suerte que unos y otros se fortificaron cuanto les fué posible en el discurso de la noche.

Apénas amaneció el dia siguiente, mandó Nezahualcoyotl á su tropa salir de la fortificacion, y embestir la de los enemigos. Hiciéronlo con tal denuedo, que en poco tiempo se apoderaron de ella, pero los enemigos, peleando valerosamente, les disputaban el paso como el dia anterior, costándole al ejército mucho trabajo y sangre cada palmo de tierra que avanzaba. Duró el combate todo el dia, y al anochecer volvieron á fortificarse unos y otros en sus terrenos, y á combatir en la mañana siguiente, y de esta suerte continuó la refriega siete dias. En el último de ellos le llegó á Nezahualcoyotl un socorro de Méjico, que reemplazando la pérdida, y entrando de refresco en la pelea hizo mucho destrozo en los enemigos, que aunque exhaustos ya de gente, y fatigados, no se daban por vencidos hasta que viendo sus generales Iztlacautzin y Nonohualcatl que ya era imposible mantener la defensa, tomaron la fuga, y á su ejemplo hizo lo mismo la tropa, metiéndose por la sierra de Tlaloc. Siguió el alcance el ejército victorioso, y aunque lograron dar muerte y apresar á muchos de la primera nobleza, no pudieron haber á las manos á los tres gefes principales.

Entró Nezahualcoyotl con los reyes é infantes que le acompañaban hasta su palacio de Cilan, donde al punto concurrió innumerable pueblo á pedirle clemencia, representándole que ellos en nada habian cooperado ni

tenido parte en la rebelion, porque la mayor parte de los sediciosos era de la gente noble y principal, y de estos unos habian muerto en las refriegas, y los demas habian huido. Poco era menester para mover su piedad, y así no solo les perdonó las vidas, sino tambien las haciendas, no permitiendo que la tropa saquease, ni tocarse á casa ni hacienda de vecino alguno, ni aun de los mas culpados en la rebelion, y solo para memoria de esta victoria mandó quemar algunos templos, tomando este pretexto para destruirlos, como habia hecho en Azcapuzalco, porque con estos edificios no tenia piedad, reputándolos por inútiles y perniciosos para fomentar el culto de aquellas falsas deidades, que por tales tenia á todos los dioses que adoraban, creyendo firmemente en su interior que solo el Dios Criador debia ser adorado. Para con los mejicanos disimulaba con varios pretextos su ojeriza al fallo culto que ellos principalmente habian extendido; mas estos no dejaban de conocer su poca aficion á él, á sus ritos y ceremonias.

Detúvose allí dos dias, y habiendo puesto gobernadores y ministros de su satisfaccion para la administracion de justicia y buen orden de la república, marchó con su ejército la vuelta de Huexotla. Hizo esta ciudad alguna resistencia, pero luego fué entrada macana en mano, y la dió á saco á la tropa. De allí pasó á Coahuatlican, Coahuatepec, y otras poblaciones menores, situadas á la banda del Sur de la corte de Tezcoco, hasta Iztapalocan, todas las cuales corrieron igual fortuna.

Dejó en todas ellas gobernadores y ministros de su satisfaccion, y destacando la tropa que le pareció con-

veniente, guarneció bien toda la ribera del Norte de la laguna de Chalco, que eran las fronteras de las provincias de Cuitlahuac y Xochimilco, ambas enemigas, y determinó restituirse á Méjico, y no ir por entónces sobre Acolman, Otompan y las demas poblaciones rebeldes á la banda del Norte de Tezcoco, porque los mejicanos estaban cansados de guerra, y apetecian la quietud de sus casas, y así no quiso displicentarlos, ni retenerlos mas tiempo contra su voluntad.

Restituyóse á Méjico donde fué recibido con muchas aclamaciones, y en aplauso de sus victorias se hicieron solemnes fiestas y regocijos. Pero no pensaba Nezahualcoyotl mantenerse mucho tiempo ocioso, porque no sosegaba su corazon, hasta no acabar de sujetar y vencer á todos sus enemigos; y así habiendo descansado algunos dias, resolvió ir sobre los xochimilcas, con solas las tropas de los vasallos de sus estados y algunas que le habian venido auxiliares de la provincia de Tlaxcallan, sin valerse de los mejicanos.

Ya he dado noticia al capítulo XII del libro segundo de la venida de esta nacion xochimilca, y su establecimiento en la ribera del Sur de la laguna de Chalco. Habianse extendido mucho, y su ciudad principal nombrada Xochimilco, que hoy subsiste con el mismo nombre y en el mismo sitio reducida á un corto vecindario, era por estos tiempos muy populosa, y estaba fortificada, porque la habian circumbalado de una ancha y profunda zanja, que estaba siempre llena de las aguas de la laguna. El señor de esta provincia que la gobernaba por estos tiempos se llamaba Yacopaintzin, habia mantenido una firme y estrecha alianza y amistad con la nacion tecpaneca, y con el difun-

to emperador Maxtla, á quien en la última guerra envió numerosos socorros. En la destrucción de Azcapuzalco muchos de los fugitivos se retiraron á esta provincia, con lo que se aumentó grandemente el poder de este señor, que habiendo juntado un gran cuerpo de ejército, habia hecho frecuentes correrias por todas partes, así en las fronteras del territorio tecpaneca que habia conquistado Nezahualcoyotl, como en la ribera opuesta de la laguna, que eran las del reino de Tezcoco, y en la gran laguna, insultando, matando y robando á los mejicanos y tlatelolcas que traficaban en ella.

Resuelto, pues, Nezahualcoyotl á sujetar á los xochimilcas, quiso valerse primero de los medios suaves á que le inclinaba siempre su innata piedad, ántes que usar de los rigurosos; y así determinó enviar sus mensajeros á Yacopaintzin, diciéndole que no podia ignorar que las tierras que poseia se las habia dado á su nacion el emperador Tlotzin su tercer abuelo, con la calidad de reconocerle á él y á sus sucesores por supremo señor y monarca de la tierra. Que este derecho habia recaído en él por sucesion legitima, y aunque el rey Tetzotzomoc valido de su gran poder se apoderó del imperio, privando de él y de la vida á su padre el emperador Ixtlixochitl, nadie ignoraba que esta habia sido tiranía é injusta usurpacion, sin derecho alguno que pudiera justificar esta accion: que igualmente desnudo de todo derecho sucedió en la usurpacion el emperador Maxtla, y no contento con verle despojado del reino que debia haber heredado de sus mayores, atentó muchas veces contra su vida, la que sin duda le habria quitado, á no habérsela defendido con manifies-

tos prodigios el Dios Criador: que fiado en la proteccion de este Dios Supremo, y auxiliado de los mayores señores de la tierra, habia emprendido el empeño de volver á reconquistar su reino, y castigar tan execrable traicion, lo que habia conseguido completamente, quitando la vida á Maxtla, y destruyendo su reino: que no le hacia fuerza el que ántes, temeroso del gran poder tecpaneca, se hubiese declarado parcial y mantenido unido á esta nacion; pero no podia dejar de hacerle mella el que viéndola destruida, y á él victorioso, sostenido de un poderoso ejército, y auxiliado de las mejores potencias de la tierra, quisiese seguir por mero capricho una empresa que no podia sostener; y así lo exortaba con amor á que desistiese de ella, y siguiese el ejemplo de los demas señores: que estaba pronto á admitirle benignamente, y á usar con él y los suyos de clemencia, olvidando enteramente todo lo pasado; pero que si no se reducía á su piadosa y suave amonestacion, tuviese entendido que marcharia prontamente contra él, y lo destruiria.

Partieron los mensageros á Xochimilco, y habiendo oido Yacopaintzin el mensaje respondió con orgullo, desentendiéndose de las poderosas razones que contenia, y prorrumpiendo en bravatas y amenazas contra Nezahualcoyotl. Volvieron con esta respuesta los enviados, y en vista de ella resolvió Nezahualcoyotl sujetarlos á fuerza de armas. Hizo luego ordenar su gente, y se puso en campaña con sola su tropa y la tlaxcalteca; porque le pareció que esta era bastante para lograr la empresa. Volvió á renovar la orden de que todos fuesen con armas lisas y sin adornos, ni ellos llevasen en sus cuerpos joyas ni plumería, sino ves-

tidos de mantas blancas lisas, y sin labor alguna.

Embarcóse prontamente con su tropa, y fué á desembarcar enfrente de Culhuacau, en un parage muy poblado de matorrales. Mandó cortar prontamente una gran cantidad, y que cada uno cargase al hombro un haz de ellos. Puso en orden su gente, y marchó desde allí por tierra hasta Xochimilco.

Estaba esta ciudad, como ya dije, circumbalada de un ancho y profundo foso, lleno de agua de la misma laguna, y encerrado dentro un número de soldados incomparablemente mayor que el ejército de Nezahualcoyotl, pero muy inferior en valor y destreza. Marchó el ejército sin detenerse hasta llegar á la orilla del foso, y en el parage que le pareció á Nezahualcoyotl mas proporcionado hizo que arrojasen con prontitud toda la fagina que llevaban á cuestras, con la que la cegaron cuanto fué necesario para pasar con gran velocidad todo el ejército. Causó esto tanto asombro á los xochimilcas, que no se atrevieron á disparar una flecha para impedirles ó disputarles el paso, y desde luego comenzaron á caerse de ánimo, viendo tan facilmente superada aquella defensa, que les parecia insuperable, y en que tenian fundada su mayor esperanza. Mandó el príncipe entrar luego la ciudad macana en mano, y lo ejecutó el ejército con tanto ardor y denuedo, que en poco tiempo hizo un estrago formidable en los enemigos, y penetró hasta la plaza que estaba en el centro de la poblacion.

Fué tan grande el terror que ocupó á los xochimilcas, y á su señor Yacopaintzin que los mandaba, que comenzó á dar voces pidiendo que se suspendiese la accion, porque queria hablar á Nezahualcoyotl. Avi-

sado este de la petición del xochimilca mandó á su tropa suspender el estrago, y que llegase á su presencia Yacopaintzin. Llegó acompañado de la principal nobleza de su nacion, y postrándose á los pies del príncipe, imploró su clemencia para que les perdonase las vidas, entregándose enteramente á su arbitrio, y confesando sus errores. El generoso monarca los recibió benignamente, y no solo les perdonó las vidas, sino tambien las haciendas, ordenando á su tropa que no saquease, ni tocase á casa ni hacienda de vecino alguno; pero mandó que Yacopaintzin diese á su tropa cierta cantidad de ropas y comestibles, que repartiesen entre sí. Tambien le impuso cierta contribucion, que él y sus sucesores habian de pagar anualmente á los reyes de Tezcoco por via de tributo y reconocimiento, lo que admitieron sin réplica ni contradiccion, y lo cumplieron en adelante; y para memoria de este suceso mandó quemar algunos templos, que estos eran siempre los que pagaban su enojo. Al dia siguiente volvió á salir de la ciudad con su tropa victoriosa, y se restituyó á Méjico, donde fué recibido con mucho aplauso. No asignan los historiadores el dia ni el mes en que acaeció esta victoria: solo dicen que fué á fines del mismo año de mil cuatrocientos veinte y nueve.

## CAPITULO II.

*Resuelto el príncipe á continuar la guerra contra los rebeldes, determinan los mejicanos ayudarle, y á su ejemplo los tlalolcas. Envianle tambien tropas los tlaxcaltecas y huéxutzincas, y con un grueso ejército que de todas se formó, marcha contra los rebeldes, á quienes castiga y sujeta, y vuelve victorioso á Méjico.*

El feliz suceso del príncipe en la guerra de Xochimilco despertó la emulacion de los mejicanos, que ambiciosos de gloria sintieron no haber tenido parte en aquella victoria, y viendo al príncipe resuelto á seguir el vuelo á su fortuna, y á no dejar las armas de la mano hasta sujetar á los rebeldes de la provincia de Cuiclahuac, que se mantenía sublevada, del mismo modo que la de Acolman y Otompan con otras poblaciones de la banda del Norte de Tezcoco, se juntó el senado mejicano, y propuso á su rey Itzcohuatl cuan debido y conveniente era el que se auxiliase Nezahualcoyotl con todo el poder de su reino en esta guerra tan justa, y que se le habia originado por amor de los mejicanos, á quienes habia venido á socorrer personalmente con sus tropas y las de los aliados en el aprieto en que se hallaban, y sin cuyo auxilio hubieran sin duda perecido á manos de los tecpanecas; por lo que era justo en debida correspondencia que se le ayudase con todo el poder del reino á sujetar los vasallos rebelados, y á castigar su traicion.

Era Itzcohuatl astuto, como viejo, y bien impuesto

en las máximas de la política, se hacia sordo á las voces interiores de su propio conocimiento, y no le pesaba ver al príncipe embarazado en esta guerra, para dilatar de este modo el empeño de jurarle por supremo monarca, holgándose de verle vivir dentro de su corte, sin los esplendores de soberano, aunque muy aplaudido y obsequiado. Mas viendo ahora que con las representaciones del senado no podia pasar mas adelante su disimulo, le ofreció su discurso una salida, con la que dando gusto al senado, lograba él sus intentos, creciendo en autoridad, y aumentando sus estados.

Respondió, pues, á la propuesta que se holgaba mucho de que el senado pensase tan cuerdamente, conociendo las justas razones que á ello le movian, las que él tenia bien premeditadas; pero no se habia atrevido á proponerlas, ni á obligar á sus vasallos á auxiliar al príncipe en esta guerra, porque no se creyese que el vínculo de la sangre que con él le unia y el amor que le tenia pesaban mas que el bien y utilidad de sus súbditos, exponiéndolos á los estragos de la guerra por auxiliar á su sobrino; mas ahora que el senado lo proponia, condescendia muy gustoso, y seria el primero que tomaria las armas y se pondria en campaña, para mandar y animar con su ejemplo á los vasallos. Pero para que viesen la equidad con que pesaba los intereses de todos, habia pensado que ántes de empeñarse en el socorro se le propusiese al príncipe que considerase obligada la nacion mejicana á ayudarle en esta guerra por los beneficios que habia recibido, estaba pronta á ejecutarlo para que recobrase sus estados patrimoniales, y sujetase á todos sus vasallos del reino de Tezcoco; pero que todas las demas tierras que se conquistasen, feu-

dales del imperio, habian de ser partibles entre los dos monarcas, extinguiendo todos los señores, y uniendo á estos reinos respectivos las provincias y pueblos que les tocasen, en las cuales cada uno pusiese sus gobernadores, y que nada pudiese determinarse en los negocios de estado y gobierno sin el concurso de los dos soberanos.

Agradó al senado el pensamiento, y hecha la propuesta al príncipe, condescendió en ella, porque así lo pedian las circunstancias del tiempo, esperando otra mas favorable para enmendarlo, porque llevaba á mal la extincion de los señores; pero por entónces no replicó, y solo puso la condicion de que se le habia de jurar y reconocer por supremo monarca de toda la tierra, del mismo modo, y con las mismas solemnidades que á sus antecesores. No dificultó el rey Itzcohuatl y el senado en admitir la condicion, teniendo por de poca importancia esta ceremonia, siempre que lo sustancial del gobierno hubiese de depender del concurso de entrambos. Ajustadas de esta suerte las cosas, dió el senado prontamente las mas oportunas providencias para levantar en breves dias un numeroso ejército, y proveerle de armas y bastimentos.

A ejemplo de los mejicanos se movieron tambien los tlatelolcas, y comenzaron á levantar tropas con que auxiliar al príncipe. Su rey Quauhtlatohuatzin, aunque de ilustre prosapia, no era de la sangre real; su valor y esclarecidos hechos le hicieron subir al trono; pero aun en esta parte era inferior su reputacion á la de Itzcohuatl, y así no hacia la brillante figura que este, y tanto él como sus vasallos vivian en una especie de subordinacion al rey de Méjico, y no se atrevian á dar



paso sin su noticia y consentimiento; de suerte que mas parecia un señor particular feudatario de Méjico, que un soberano independiente. Viendo, pues, ahora que se movian los mejicanos, determinó tambien levantar tropas en sus estados y auxiliar al príncipe en esta guerra.

Este por su parte ocurrió á los señores de Tlaxcallan y Huexútzinco, pidiéndoles todo el número de tropas que pudiesen aprontarle, y que viniesen con la mayor brevedad. Estos señores, consecuentes siempre en su fiel correspondencia, y sincera amistad, aprontaron luego un grueso cuerpo de tropas, que entre tlaxcaltecas y huexútzinecas pasaban de diez mil hombres, mandados por diestros y valerosos capitanes, de suerte que á los principios del año de tres conejos, que fué el de 1430, estaba ya en Méjico este socorro, que unido á las tropas mejicanas y tlateloleas, y á la gente del príncipe, se formó un cuerpo de cerca de cien mil combatientes. Consultaron entre sí Nezahualcoyotl é Itzcohuatl, sobre el plan que debian seguir, y el orden y disposicion de marchas y operaciones del ejército, y quedó acordado que este se transportase en canoas á las playas del territorio de Tezcoco, y allí formado y ordenado marchase todo en un cuerpo, mandado por los dos monarcas, y á sus órdenes para distribuir las el rey de Tlatelolco, los infantes de Méjico Moteuhzuma, Tlacaeltzin, y Axayacatzin, el infante de Tezcoco Quauhthlehuantzin, Totoquiyauhtzin, señor de Tlacoapan, y otros príncipes de las casas reales de Tezcoco y Méjico.

Estando ya todo á punto, y señalado el dia, que nos dan noticia del que fué, sino solamente que se

comenzó esta guerra en los primeros meses del referido año de tres conejos, se embarcó el ejército en un copioso número de canoas, y se transportó en una noche á las playas de Tezcoco, llevando á sangre y fuego todas las poblaciones de los rebeldes que estaban al paso, en las que hallaron muy poca gente, y ninguna resistencia. Al llegar á Cohuatlican, dos leguas distante de Tezcoco, les salieron al encuentro los enemigos en número muy inferior al ejército imperial, y embistiéndose unos á otros con bizzaría, se trabó una sangrienta escaramuza, que duró algunas horas, hasta que no pudiendo los rebeldes sostener el combate volvieron la espalda, y tomaron la fuga, dejando en el campo muchos muertos; así de los suyos, como de los imperiales, que recibieron bastante daño. No quisieron los generales seguir el alcance sin recoger su tropa y que descansase. Al dia siguiente continuó el ejército su marcha al rumbo del Norte, y al llegar á Nepohualco volvió á salirles al encuentro la tropa enemiga, también en inferior número, pero embistiendo intrépida; se trabó la pelea que duró poco, porque cargados de los imperiales, volvieron la espalda, sin considerable pérdida de una ni de otra parte. Siguieron éstos su marcha por el mismo rumbo, y al llegar al pueblo de Aculhuacan, situado á las orillas del rio Papalotlan, entre esta poblacion y la de Chautla, en cuyo parage habia un puente sobre el dicho rio, le hallaron guarnecido de un grueso ejército que les defendia el paso; peleóse con bizzaría de una y otra parte todo el dia, derramándose de entrambas mucha sangre, especialmente de algunos famosos capitanes de las tropas de Nezahualcoyotl, que llevaban la vanguardia y fueron las primeras que aco-

metieron; pero finalmente al declinar el día cedieron los enemigos, retirándose hacia el territorio de de Chiuhnautlan, dejando dueño del puente al ejército aliado, que pasó del otro lado y reposó allí aquella noche de la fatiga pasada.

Al día siguiente continuó este su marcha, dirigiéndose á la ciudad de Acolman, hoy corto pueblo conocido por el nombre de Oculma. Era esta fuerte por su situación en medio de una laguna con solas dos entradas, y guarnecida de un grueso número de tropa, mandada por su señor Ochpancatl, y á sus órdenes algunos esforzados capitanes tecpanecas, de los que escaparon de la guerra de Azcapuzalco. Pusieron sobre ella los imperiales, procurando ganar sus entradas, mas la guarnición las defendía con bizarría. Tres días duraron los ataques, al cabo de los cuales hubieron de ceder los rebeldes, y fué tomada la ciudad por el ejército aliado, que hizo en ella mucha carnicería, sin perdonar mas que á las mugeres y niños, y algunos pocos de la guarnición que lograron escapar la vida con la fuga. Pusieron fuego á algunos templos y casas, y la ciudad fué dada á saco á la tropa, que se mantuvo en ella el día siguiente, descansando de la fatiga pasada.

Al otro subsecuente volvió el ejército á emprender su marcha, llevando á sangre y fuego todas las poblaciones que encontraba al paso, entre las cuales fueron las mas considerables y que hicieron alguna resistencia Tecoyocan, Tepecpan y Chiuhnautlan. De aquí volvieron sobre la derecha al rumbo del Leste, y se pusieron delante de Teotihuacan, que estaba bien guarnecida de crecido número de tropa; pero en poco tiempo se rindió, y fué entrada á saco por el ejército vehedor.

La misma fortuna corrieron Quauhtlanzinco, Acapoxco y otros lugares de ménos cuantía, entre los cuales fué la ciudad de Otompan la que hizo mas resistencia, y por tanto experimentó mayor estrago. Revolvió el ejército á la izquierda sobre Cempohualam, ciudad grande y de mucho gentío; mas así estas, como Aztaquemecan, escarmentadas con los tristes sucesos de las otras, previnieron el golpe rindiéndose voluntarias, y enviando sus mensajeros á pedir clemencia, acompañando el ruego con algunos regalos de comestibles, y así lograron escapar del estrago. Las ciudades de Ahuatepec, Tepepolco, Apan, y otras de aquella comarca que se habian mantenido fieles al príncipe, enviaron tambien sus mensajeros á darle la bienvenida, y la enhorabuena de sus victorias, con abundancia de comestibles para regalo y refresco del ejército.

Sujeto en tan breve tiempo este dilatado terreno con una no interrumpida continuacion de victorias, perdieron el ánimo los rebeldes, y las cabezas del motin procuraron ponerse en salvo con la fuga; y habiendo dado las órdenes convenientes, y puesto gobernadores de experimentada fidelidad en las principales poblaciones conquistadas, determinaron los príncipes retroceder al rumbo del Oeste hasta la provincia de Tepotzotlan. Marchó el ejército en buen orden, siguiendo el camino por Tezontepec, Temascalapan, Xaltocan y Teoloyocan, sin disparar una flecha, porque escarmentados y aterrizados por una parte, y viendo por otra la benignidad con que habian sido perdonadas las poblaciones que voluntariamente se rindieron, salian en tropas del gran número de ellas que habia en esta dilatada rota á pedir clemencia, ofreciendo sus dones y

regalos; con lo que consiguieron no ser comprendidas en el estrago, y el ejército siguió su marcha, muy regalado, y sin incomodidad, hasta Quauhtitlan, y de allí á Méjico, donde fué recibido con muchas aclamaciones, á que siguieron fiestas y regocijos públicos en celebridad de tan feliz conquista, concluida en pocos meses dentro del mismo año de tres conejos, que fué el de 1430.

### CAPITULO III.

*Celebrase en la ciudad de Méjico con mucha pompa y solemnidad la jura del emperador Nezahualcoyotl, y son reconocidos por sus colegas en el imperio los reyes de Méjico y Tlacopan, y entre los tres se reparten las tierras y provincias conquistadas.*

Entre las muchas concubinas que tenia el príncipe Nezahualcoyotl habia una de singular hermosura, cuyo nombre no nos dicen (1), sino solo que era hija de To-

(1) El P. Torquemada la llama Matlalzihuatzin, refiriendo los amores de Nezahualcoyotl con esta hermosa jóven muy circunstanciadamente, aunque con alguna inverosimilitud por los medios indignos de que supone haberse valido el príncipe para lograrla, ajenos ciertamente del carácter honrado que todos los historiadores le conceden. Véase su Monarquía Indiana tom. 1, lib. 2, cap. XLV. Y es de notar que tanto este autor como Clavigero, como verémos en su lugar en el apéndice, no suponen á Matlalzihuatzin concubina, sino esposa de Nezahualcoyotl, y colocan su casamiento con ella en época posterior á la de que vamos hablando; de lo que puede conjeturarse que, ó

toquiyahtzin, señor de Tlacopan, que corrupta la voz por los españoles llaman hoy Tacuba. Esta, pues, juntaba al buen parecer la destreza y el artificio para hacerse amar del príncipe, cuyo afecto poseia en mas alto grado que todas las otras, y quien tenia ya en ella varios hijos. Su privanza, su alta nobleza, y su natural ambicioso la hicieron concebir el designio de exaltar su casa cuando ménos proporciones habia para ello, siendo uno de los artículos ajustados entre el príncipe y el rey de Méjico la extinción universal de todos los señorios en los países conquistados, en la que habia de ser comprendido el de Tlacopan, que ántes pertenecia al reino tecpaneca, y habia sido conquistado en la guerra de Azcapuzalco.

Mas sin embargo de estos obstáculos, esforzó esta su empeño, y logró hacer entrar al príncipe en su proyecto, que se reducía no solo á que no se despojase á su padre de los estados de Tlacopan, sino á que se le aumentasen, agregándole algunas tierras de las nuevamente conquistadas, y lo que es mas, que se le diese en el gobierno del imperio igual parte que al rey de Méjico, de suerte que fuese este un triumbirato de que dependiese el gobierno todo del imperio, sin que nada pudiese resolverse en los negocios de él, sin la concurrencia de las tres cabezas. Toda la dificultad estaba en ganar el consentimiento del rey de Méjico, para lo cual fué preciso que el príncipe empeñase toda su sagacidad, talento y elocuencia.

son dos mugeres distintas, aunque ambas hijas de Totoquiyahtzin, ó que Matlalzihuatzin fue primero concubina, y luego esposa del emperador.—E.